Comentarios de la Lección

I Trimestre de 2012
Vislumbres de nuestro Dios

Lección 4
28 de Enero de 2012

El Dios de gracia y juicio

Prof. Sikberto Renaldo Marks

Versículo para Memorizar: *"Porque Dios traerá toda obra a juicio, juntamente con toda cosa encubierta, sea buena o sea mala"* (Eclesiastés 12:14).

Introducción

Primero está la gracia, luego el juicio. En caso de que sólo existiera la Gracia, el gobierno de Dios sería como los de aquí en la tierra, donde la liberalidad y la impunidad están deteriorando la sociedad, pues debido a ellas la criminalidad se siente libre. En caso de que existiera sólo el Juicio, el gobierno de Dios sería una tiranía, como muchos gobiernos terrenales, sin dar oportunidad al arrepentimiento.

El gobierno de Dios, donde el Principio fundamental es el Amor, la justicia otorga amplias oportunidades al arrepentimiento para el perdón. Pero, al fin y al cabo, quien no desea ser perdonado, la justicia conduce al Juicio para la condena y la eterna eliminación. Todo esto tiene sentido porque, si Dios ama, sólo podría enfatizar en primera instancia el perdón, y sólo en última instancia, en la condenación. En síntesis, sólo serán condenados aquellos que rechacen el perdón.

El día del juicio

La Guía de Estudio es bien enfática: la gracia y el juicio operan juntos en el plan de salvación. No podría ser de otra manera. En el Reino de Dios, el gobierno es perfecto, o sea, santo. Por lo tanto, la justicia tiene que ser perfecta, o sea que nadie puede escapar de la posibilidad de que su conducta sea detectada, sea legal o ilegal. Si no fuera así, ese sería un reino sin una plena capacidad de gobierno. Dios tiene que ser Omnisciente, como de hecho creemos que Él lo es, para saber todo, y así gobernar integralmente.

Pero, al mismo tiempo, el Reino de Dios es un reino de Amor. En ello consiste la Ley de su Reino. Allí todos se aman, y en eso consiste la gloria de Dios: amar y ser amado. Así, ese lugar se convierte en feliz y perfecto. En razón del amor, entre en juego la gracia, a través de la cual siempre tiene disposición a perdonar, y de resolverlo todo de un modo que no sea ilegal, ni injusto.

El amor, para existir, necesita de la justicia. El amor, sin justicia, se convertiría en tolerancia e impunidad; perdón sin responsabilidad por los actos concretados. Así funciona la justicia del tipo “trapos de inmundicia” de los gobiernos humanos. Aquí vemos una infinidad de diferentes niveles de castigo (en el gobierno de Dios sólo hay una clase de penalidad, la muerte), y –no obstante– la mayoría hace lo que se le ocurre y nunca recibe un castigo, lo que deriva en un perdón fácil e irresponsable, que es concedido sin la reparación del mal cometido.

Para que un gobierno, u organización, sean correctos, buenos, perfectos, tiene que existir la gracia y la justicia. Sin la gracia, sólo existiría el castigo; sin la justicia, sólo el perdón; con las dos, se equilibran las cosas: se perdona a quien se arrepiente, y se castiga a quien resiste arrepentirse. En el cielo continúan con plena vigencia, tanto el amor, como la Ley.

El juicio y la gracia en el Edén

Antes de la aparición del pecado no había ni gracia ni juicio, sino que había Ley y Justicia. Es fácil entenderlo: antes del pecado no hubo, obviamente, necesidad de perdón, ni necesidad de condenación, pues aún no existía la transgresión. Así de simple.

Aún así, la gracia y el juicio existieron en la mente de Dios desde la eternidad. Pero se manifestaron plenamente en el momento exacto en el que surgió el pecado. Adán y Eva habían desobedecido, por lo que se volvieron seres mortales. Fatalmente morirían, algo que ocurrió algunos siglos más tarde. Pero apareció una novedad, que nadie en el Universo esperaba, ni la primera pareja, los ángeles, ni otros seres creados, ni mucho menos por Lucifer. Eso es lo que analizamos en esta sección.

En el día en el que apareció el pecado, surgió una gran diferencia entre Jesús y Lucifer. Había cosas que el Universo venía observando y evaluando: las diferencias entre el Creador y el pretendiente al trono del Universo, el usurpador Lucifer. Acompañemos el desarrollo de los hechos, los cuales los encontramos en Génesis 3:14-18. Vamos por puntos. En la reunión que tuvo a cabo inmediatamente después de la caída de Adán y Eva, Dios les comunicó las siguientes decisiones:

a. El Señor anuncia el juicio sobre la serpiente (versículo 14). Determina una severa maldición sobre la serpiente, quien debería desde ese momento en adelante, arrastrarse sobre la tierra comiendo polvo. Fue una maldición específica entre todos los animales de la tierra, que se convirtieron en salvajes. Pero esa maldición también hacía referencia a Satanás, que se había travestido en animal.

b. Declaración de guerra contra la serpiente (versículo 15). Es cuando el Señor anuncia la gracia y el juicio, involucrada en un conflicto mortal contra Él, el Señor, sus criaturas y Lucifer.

c. Anuncio del sufrimiento de la mujer para dar a luz los hijos (versículo 16). Pude ver esto en el nacimiento de nuestra hija.

d. Anuncio del sufrimiento de la naturaleza para producir alimentos, donde la tierra pasaría a producir cardos y abrojos (versículos 17 y 18).

e. Anuncio del sufrimiento del hombre (como género), para obtener el alimento, con el sudor de la frente (Génesis 3:17, 19). Allí Dios anunció que fuimos creados con el polvo de la tierra, y que viviríamos durante un tiempo, para luego morir, volviendo al polvo. Nos convertimos en seres mortales, con el ciclo de nacer, envejecer, debilitarse y morir. De eso el Señor vendría a liberarnos, muriendo en nuestro lugar.

Esas fueron las circunstancias de aquél día terrible. Todo cambió de un instante al otro. La feliz pareja se deleitaba de las bellezas creadas por Dios, cuando se separaron. Eva, por alguna razón, se aproximó al árbol de la ciencia del bien y del mal. Allí, Lucifer, la esperaba con forma de serpiente. Atrajo a la mujer y la engañó. Eva le llevó el fruto a su marido, que se llevó un gran susto al ver lo que había ocurrido. Debería haber cuidado más a su hermosa mujer. Deberían haber permanecido más unidos en esos momentos, mientras hubiera un enemigo dando vueltas por allí. Juntos, no habrían sido engañados. Adán no quiso separarse de su amada, y comió del fruto como ella ya lo había hecho. Entonces se desencadenó una serie de hechos horrorosos. Por primera vez sintieron el temor ante lo incierto. Pero el día no terminó tan trágico como se lo habían imaginado. El día terminó con ellos fuera del jardín, es verdad, pero había una esperanza de que ellos retornaran a aquél lugar. Esa es la esperanza que alimenta nuestra fe todos los días. El gran día en que se haga realidad se está acercando, llegará en nuestros días. Está muy cerca, gracias a Dios.

El Diluvio

El diluvio, ¿existió o no? La ciencia tiene, entre otros objetivos, el de desacreditar a la Biblia. Tal vez sería más acertado decir, que tiene, entre sus objetivos, el de desacreditar a Dios. A lo que Dios dice, la ciencia intenta afirmar lo contrario. Si Dios dice que el ser humano fue creado, la ciencia dice que surgió por casualidad. Si Dios dice que el hombre es semejante al Creador, la ciencia dice que es semejante al mono. Si la Biblia dice que la creación se va degenerando, la ciencia dice que hay evolución y que todo tiende a mejorar. Si la Biblia dice que existe el pecado, y que por esa razón el ser humano muere, la ciencia desdeña la idea del pecado, y prefiere aliarse a la creencia de la inmortalidad del alma. Si la Biblia dice que existirá un final para el mundo, la ciencia apuesta a millones de años de futuro para la humanidad. Si la Biblia dice que la maldad del mundo aumentará en proporciones gigantescas antes del fin, la ciencia dice que eso es natural y que es bueno para la purificación de las especies. Si la Biblia dice que el matrimonio entre personas del mismo sexo es perversión, la ciencia dice que es algo natural. Si la Biblia dice que la naturaleza está sufriendo y disgregándose, la ciencia dice que eso es normal y que ello forma parte de ciertos ciclos que se van repitiendo a lo largo de millones de años. Si la Biblia dice que hubo un diluvio a causa de la maldad humana, la ciencia dice que los efectos visibles de una catástrofe global surgieron por eventos geológicos, impactos de meteoritos y otros fenómenos naturales, como el dislocamiento de placas tectónicas. Sea lo que sea lo que la Biblia diga, la ciencia procurará dar alguna explicación para desacreditar la Biblia. Eso será hasta que Jesús aparezca en los cielos, como lo es la aparición de un ladrón en la casa de alguien que la ha descuidado.

Entre la ciencia y la Biblia, prefiero al Libro. Si necesitas pruebas para afirmar la confiabilidad en la Biblia, hay. Mi relación personal con Dios es tal que ya no me hacen falta prueba alguna, pero ellas existen. Las pruebas a las que podemos referirnos son las profecías. La verdadera ciencia debe tener capacidad de previsibilidad sin margen de error. Esa capacidad sólo Dios la posee, y la demuestra en sus previsiones proféticas, las cua-

les –hasta este momento– se han cumplido íntegramente. Por lo tanto, entre lo que prevé la ciencia, que trabaja con un margen de error estadístico grosero. Preferimos la Palabra de Dios, que es exacta. Así, es más seguro, –o mejor dicho– absolutamente seguro creer en las explicaciones que Dios brinda en relación al pasado que en la ciencia; es preferible creer en lo que Dios previó en relación al futuro, que en la ciencia. Lo que Dios dijo en relación al futuro es que habrá un final para esta conflictiva sociedad, pues Jesús, el que fue muerto en la cruz, y vive, retornará muy pronto. Él vendrá y llevará a los que confiaron en sus promesas a una nueva sociedad, perfecta.

Cuando Dios le encomendó a Noé que le contara al pueblo sobre un diluvio, a causa de la maldad de ellos, aquella generación no le creyó. Tenían, por lo menos, dos razones: una, que hasta entonces nunca había llovido; la otra, que –para entrar en el arca– primero debían arrepentirse. Y eso ellos no quisieron hacerlo, pues se habían vuelto totalmente dependientes del pecado. Tal como le está pasando a la sociedad de nuestros días.

Podemos creer que si Noé los hubiera invitado a un paseo en barco, sino les hubiera hablado de su impío estilo de vida, seguramente muchos se hubieran interesado. Podemos creerlo porque eso es lo que sucede hoy. En las iglesias adventistas donde prima el liberalismo, ingresan muchos imaginando que, al hacerlo, eventualmente se salvarán. Así piensan que se sienten bien, pues no se requiere transformación. Se piensa en esas iglesias como la moderna arca de Noé es donde “todos pueden” entrar. Pero no nos engañemos. En la verdadera arca sólo entró la familia de Noé, los demás se autoexcluyeron por sus intereses personales. Y habría también entrado el anciano Matusalén, si no hubiera muerto algunos meses antes que la lluvia iniciara. Los demás no quisieron entrar porque Dios requería de ellos un cambio de vida. Ese es el camino largo y estrecho, aún cuando muchos prediquen que es largo, imaginando que falta mucho para entrar a la Tierra Nueva.

Una cita interesante del Espíritu de Profecía la encontramos en Patriarcas y profetas, pp. 84, 85, la cual es citada por la lección. El Diluvio pudo haberse evitado, tal vez como se evitó la destrucción de Nínive. Eso hubiera sido posible si tan sólo se hubieran arrepentido. Tenemos tres alternativas para este escenario. O la mayoría podría haberse arrepentido, y el diluvio se hubiera evitado; o algunos podrían haberse arrepentido y salvado entrando en el arca; o sólo la familia de Noé. Esta última fue lo que realmente sucedió. ¿Predicó Noé en vano? No, porque él mismo, su esposa, y sus hijos junto a sus nueras se salvaron. Valieron la pena los ciento veinte años de predicación. La humanidad no desapareció. Tan valiosa fue esa predicación que aquí estamos nosotros. Gracias a ella existimos y tenemos la oportunidad de ser salvos tal como lo fueron aquellas ocho personas. Aún estamos en tiempo de advertencia; pero pocos escucharán la predicación final del fuerte pregón. Pero algunos escucharán, y entrarán en la nube.

Si en el arca entraron sólo ocho personas en el arca, ¿qué porcentaje representa ese número en relación al total de la población? Uno muy pequeño. Un cálculo estimativo indicaría que a esa altura de la Historia debieron haber existido en el mundo unas 235 millones de personas. [1] Por lo tanto, el porcentaje debe haber sido de 0.000000034 por ciento. Sólo para comparar, puesto que ese valor no tiene ningún valor profético, pero bien vale como dato curioso en el cual reflexionar. Si determináramos el mismo porcentaje para la población mundial actual, sólo entrarían en el arca unas 238 personas…

---

[1] http://teologiaadventista.blogspot.com/2008/12/populao-pr-diluviana.html

Tan loca como parecía la predicación de Noé –un diluvio– así parece la nuestra –la Segunda Venida–. La primera tiene fuertes evidencias geológicas en la corteza terrestre; la segunda, la fortaleza de la precisión profética de la Palabra de Dios. Pero siempre existirá la opción de creer en la ciencia de hoy, tal como los antediluvianos creyeron en su ciencia.

Condenación y gracia

Todos pecaron, por lo que todos estamos condenados por nuestros propios pecados. En el Reino de Dios, la justicia es tan perfecta que, aún antes del juicio, quien haya pecado, deberá saber que está condenado. Puede demorarse la cita ante el tribunal, pero eso sólo será para confirmar lo que ya se sabe: la condenación es segura.

Pero, curiosamente, en el Reino de Dios, no todos los pecadores serán condenados, y no todos irán a juicio. Y no hay contradicción en esto. Aquellos que se arrepintieron, recibirán el perdón de Dios, y contra ellos no constará nada en su registro de malos actos. Por lo que no irán a juicio, y mucho menos serán condenados.

¿Cómo podemos entender esto?

Para toda persona que peca, a causa de la perfección del gobierno de Dios, debe haber un juicio, y la condenación es segura. Pero sucede que aquellos que se arrepintieron, escapan de la condena porque el Hijo de Dios Padre fue condenado por ellos, y pagó sus pecados.

Pero, ¿Jesús no fue condenado también por los otros pecadores? Sí. Pero, sin embargo, esos, también llamados impíos, no quisieron aceptar el perdón, ni quisieron arrepentirse. Por lo tanto Dios no podrá otorgarles su gracia perdón, por lo que deberán ser juzgados y condenados.

En Juan 3:16 al 21, hay una importante sucesión de hechos en cuanto al juicio. Vamos por partes:

a. El amor de Dios por el mundo llegó a una intensidad tal que entregó a su Único Hijo para morir por las personas del mundo, a fin de que todos los que creyeran en ese Hijo no muriera, sino que vivieran para siempre (en esto consiste la gracia);

b. Dios envió a su Hijo, no para venir aquí y juzgar al mundo, sino para morir por las personas, y salvar al mundo (esto también es gracia);

c. Quien crea en Él, no será juzgado, pues está perdonado (también es gracia);

d. Pero quien no crea, ya está juzgado (desde que pecó, su condenación es segura porque la justicia nunca falla; en esto consiste el juicio);

e. Todo aquél que practica lo malo, aborrece la luz (que es Jesús), por lo que aman las tinieblas (o sea, la práctica de la maldad);

f. Quien practica la verdad (obedece los mandamientos del Amor) se acerca a la Luz (Jesús), para que sus obras se manifiesten (esto es, que sirvan de testimonio a

los demás y al universo de ser personas arrepentidas), y quien se acerca a la Luz recibe el perdón (para quienes ya no hay necesidad de ser juzgados).

En razón de todo esto, ¿a qué conclusión podemos llegar? A la misma que llega la autora de la Guía de Estudio. Naturalmente, todos estamos condenados, porque hemos pecado. Pero los que crean en Jesús, y se arrepientan, y se acerquen a Él, serán perdonados y no tendrán que enfrentar el juicio, porque han sido perdonados. Cuando Jesús vuelva, serán salvos o –mejor aún– desde se hayan arrepentido ya son salvos, y continuarán así hasta que pequen nuevamente, careciendo otra vez de perdón.

La hora de su juicio

“No los temáis, porque no hay nada que no se descubra, y nada secreto que no se llegue a saber” (Mateo 10:26).

Este era Jesús hablando. No debemos temer a los que matan el cuerpo, pero que no pueden matar al alma (el ser entero), tal como dice un poco más adelante, en el versículo 28.

Cuando Dios concrete el Juicio Final, esto sucederá al final del Milenio, período en el que los justos estarán en el Cielo, los impíos muertos en la tierra, y Satanás atado. Cuando todos los muertos condenados resuciten, los que no se hayan arrepentido serán sometidos al Juicio Final. Es un juicio diferente al de los de la tierra. Ellos estarán allí como condenados, y aún así habrá juicio. Vamos a intentar entenderlo.

En el Cielo, en rigor de verdad, no hay necesidad de juicio para condenar. Dios conoce todos los actos y hasta los pensamientos, y no puede equivocarse cuando dice quién es salvo y quién está perdido. En verdad, ni siquiera Él es quien decide eso. El solo confirma lo que cada uno decidió por sí mismo. Cada ser humano es el que decide, y Dios sólo acata esa decisión. Cuando cometemos pecado y no nos arrepentimos, nosotros mismos nos estamos condenando, y así permaneceremos hasta ser castigados con la muerte eterna, si no nos arrepentimos a tiempo. Entonces, ¿por qué el juicio está vigente desde 1844? ¿Cuál es la razón para la segunda fase del juicio, durante el milenio, cuando los salvos examinarán los Libros de los registros de lo que hicieron los perdidos? ¿Cuál es la razón de una última fase del juicio, hacia el final del milenio? ¿Por qué tantas etapas, si ya están condenados?

Principalmente es una cuestión de transparencia. Dios lo sabe todo, pero los seres creados no. Todos, los que nunca pecaron, los que pecaron pero se arrepintieron, y los que pecaron y no se arrepintieron, incluyendo a Satanás y sus ángeles, todos deberán quedar convencidos de que la justicia de Dios es incuestionable, y el castigo merecido. Forma parte de la manifestación de la sabiduría de Dios para que la problemática del mal sea resuelta definitivamente y que nunca más reaparezca. Todo cuestionamiento de Lucifer será rebatido y quedará el menor resquicio de duda en ninguna mente, ya sea salva o impía.

Entonces hagamos un ejercicio imaginativo. Comparemos la justicia de los hombres (trapos de inmundicia), donde lo que más se hace es mentir, con la justicia de Dios. Generalmente se presentan el acusado y su abogado, y la otra parte intenta probar qué es cierto y qué no. Luego los jurados aceptan la tesis de la defensa o de la acusación, y eso

depende, en gran medida, de la elocuencia de cada abogado, no siempre de las pruebas, que muchas veces son parciales.

Ahora intentemos imaginar el juicio al final del milenio. Allí estarán presentes todos los habitantes de la Tierra, tanto los impíos como los justos; los salvos, dentro de la ciudad, los otros, del lado de afuera. Los justos ya estarán salvos, no serán juzgados, los impíos sí. Intentarán hacer nuevamente lo que siempre han hecho aquí en la tierra: mentir. Pero les saldrá mal. ¿Cómo mentir delante de un Ser que lo sabe todo y tiene una Inteligencia infinita? Ante ellos aparecerán todas las pruebas de su conducta, y no habrá modo de esquivarlo. Recordemos a Adán y Eva delante del Señor cuando pecaron y se escondieron. Cada uno verá algo parecido a una película de su vida, y quedará desenmascarado. Todos llegarán a la conclusión de que los que estén dentro de la ciudad serán salvos por la justicia de Jesús, y los perdidos estarán en esa condición porque no habrán aceptado esa justicia. El punto más dramático sucederá cuando el propio Satanás declarará que Dios actuó con justicia.

Bienaventurado el que esté del lado de adentro del muro de la Santa Ciudad.

En Apocalipsis 14:6m 7 se anuncia ese juicio. Y, como siempre, antes del juicio, se proclama la oportunidad del perdón, a través del "evangelio eterno". Dios no quiere condenar, quiere perdonar. Por eso Él no enfatiza el juicio, sino la gracia. Sin embargo, a causa de la dureza de corazón de la mayoría de los seres humanos, Él tendrá que llevarlos a juicio, y tendrá que condenarlos y –lo peor de todo– tendrá que ejecutar la condena, que es extraño para Él. Es un acto extraño para Dios como lo es el castigo que los padres les dan a sus hijos. Quien ama no desea castigar, desea siempre lo bueno. El castigo se ve como la contingencia necesaria para evitar algo peor.

"Todo el mundo impío compareció ante el tribunal de Dios, acusado de alta traición contra el gobierno del Cielo. No tenían quien defendiera su causa; estaban sin excusa; y la sentencia de muerte eterna se pronunció contra ellos".

"Entonces fue evidente para todos que la paga del pecado no es noble independencia y vida eterna, sino esclavitud, ruina y muerte. Los impíos vieron lo que perdieron por causa de su vida rebelde. Despreciaron el más excelente y eterno peso de gloria cuando éste les fue ofrecido; pero cuán deseable les parecía entonces. 'Todo esto –clamaba el alma perdida– habría sido mío, pero decidí poner lejos de mí todas estas cosas. ¡Oh, qué extraña infatuación! He entregado la paz, la felicidad y el amor a cambio de la miseria, la infamia y la desesperación'. Todos se dieron cuenta de que su exclusión del cielo era justa. Mediante sus vidas manifestaron que no querían que Jesús reinara sobre ellos".

"Como en trance, los impíos fueron testigos de la coronación del Hijo de Dios. Vieron en sus manos las tablas de la ley divina, los estatutos que despreciaron y transgredieron. Fueron testigos de las explosiones de admiración, éxtasis y adoración de los salvados, y cuando la onda melodiosa se propagó hasta la multitud que estaba fuera de la ciudad, todos exclamaron a una voz: 'Grandes y maravillosas son tus obras, Señor Dios Todopoderoso justos y verdaderos son tus caminos, Rey de los Tantos' (Apocalipsis 15:13), y cayeron postrados para adorar al Príncipe de la vida". [2]

---

[2] Elena G. de White, *La historia de la redención*, pp. 445, 446.

“A pesar de que Satanás se había visto obligado a reconocer la justicia de Dios y a inclinarse ante la supremacía de Cristo, su carácter no cambió. El espíritu de rebelión, como un torrente poderoso nuevamente explotó. Lleno de frenesí se decidió a no capitular en el gran conflicto. Había llegado el momento de lanzar un último y desesperado ataque contra el Rey del cielo. Se lanzó en medio de sus súbditos y trató de inspirarles con su propia furia e incitarlos a librar batalla inmediatamente. Pero de todos los incontables millones que indujo a rebelarse, nadie reconoció entonces su supremacía. Su poder había llegado a su fin. Los impíos estaban llenos del mismo odio a Dios que inspiró a Satanás; pero se dieron cuenta de que su caso era desesperado, que no podían prevalecer contra Jehová. Su ira se encendió contra el ángel caído y los que fueron sus instrumentos de engaño. Con furia demoníaca se volvieron contra ellos, y se produjo en ese momento una escena de conflicto universal”. [3]

Aplicación del estudio

Al Dios de Amor, ante la transgresión de cualquier persona, no le importa tener que llevar la iniciativa. Hace de todo para que esa persona se arrepienta. Sólo en última instancia, cuando esa persona eventualmente se vuelva tan dura de corazón como para no aceptar la transformación de su naturaleza pecaminosa, contrariado Dios deberá hacer justicia, y eliminarla para siempre.



Prof. Sikberto R. Marks

Traducción: Rolando D. Chuquimia
RECURSOS ESCUELA SABÁTICA ©

RECURSOS ESCUELA SABATICA
http://ar.groups.yahoo.com/group/Comentarios_EscuelaSabatica
http://groups.google.com.ar/group/escuela-sabatica?hl=es
Suscríbase para recibir gratuitamente recursos para la Escuela Sabática

[3] *Ibíd*., pp. 447, 448.